

—Mil gracias... Vamos á acostarnos.

Luisa aseguró lo mismo. Iban á acostarse... Estaban cansados... Tenían que levantarse temprano.

«Si yo tuviese una queridita así—dijose mentalmente el payaso—ni me levantaría nunca de la cama, ni me echaría jamás en el sofá de Ofelia.»

Luego agregó en alta voz:

—Hacen ustedes bien. Las cenas no sirven sino para divertir á los que no pueden animarse de otro modo. Ustedes, que pueden gozar á solas, no deben perder el tiempo, pues, al fin y al cabo, lo mejor que un hombre y una mujer pueden hacer en este momento, es desobedecer el sexto mandamiento.

—¿El sexto?—preguntó Rosalba—¿Cuál es el sexto mandamiento?

—No pedir dinero á su director—Repuso Ernesto Rocario, apagando las luces del saloncillo y dando la señal de la salida.

XIII

Eugenio seguía meditando sobre su visita á Ofelia, sin lograr darse cuenta de si había hecho bien ó mal. Sus escrúpulos, más que puramente morales, eran prácticos, y lo que en realidad preocupábale, no era saber si resultaba pecaminoso visitar á una actriz desnuda, sino formarse un idea justa de las probabilidades que había de que su mujercita no lo supiera nunca. Porque eso sí: no quería, de ningún modo, disgustarla.

Al comenzar á desnudarse, cuando Luisa, con los brazos descubiertos, se aproximó á él y le acarició tiernamente cerca del lecho, otra duda hizo trabajar su cerebro. «¿Sería verdad lo que Ofelia le dijera dos horas antes? ¿Podría ser cierto que su querida recibiese en camisa á los caballeros que la iban á felicitar?»

Al cabo de un largo rato de cavilaciones, decidióse á preguntarlo; pero la fórmula interrogativa

le detuvo. ¿Cómo hacer esa pregunta, en efecto? Si decía simplemente: «¿Te enseñas tú en paños menores?», la otra respondería: «no...» Lo mejor era buscar un medio indirecto, algo que pareciera una generalidad, una frase sutil que envolviera en sus redes á todas las artistas de Maravillas... Al fin se atrevió, y dijo:

—Lo más fastidioso para ustedes, debe de ser eso de recibir visitas en el momento de vestirse.

—¿En el momento de vestirnos?—exclamó Luisa—Eso sólo Rosalba y Ofelia lo hacen... Nosotras jamás.

La respuesta produjo una impresión consoladora en el alma del chico.

La bailarina continuó:

—La pobre Rosalba lo hace por sencillez y casi sin notarlo, mientras que Ofelia lo hace intencionadamente, para excitar á los que llegan á visitarla. Yo nunca la he visto desnuda; pero dicen que es muy linda y que, aunque parece flaca cuando está vestida, no lo es en la intimidad.

Eugenio pensó: «En efecto, no lo es». Y la ima-

gen esbelta y rubia, delgada á la vez que carnosa, con delicados contornos de pecho, con finas curvas de caderas y de piernas; la imagen casi dorada á la claridad del gas, casi adolescente en su delicadeza de líneas; la imagen bellísima que, por causa de la timidez y del desconcierto, no pudiera admirar á su antojo en la realidad de la aparición, surgió de nuevo en su recuerdo, y fué precisándose con toda la complicidad tentadora de sus detalles y de sus encantos. Allí estaba Ofelia, obsesionante y solícita... Allí estaba, de pie ante sus ojos cerrados, levantando una mano para dejar ver los rizos menudos del sobaco, y acariciándole con la otra mano las mejillas... Allí estaba, irguiendo los pechos de afilados y purpurinos pezones... cruzando las mórbidas piernas... inclinándose ligeramente hacia la derecha para que uno de sus muslos pareciese más amplio y más redondo... Allí estaba...

—¿En qué piensas?... ¿Por qué no te acuestas?...

Eugenio volvió la vista hacia el lecho y pudo contemplar á Luisa, desnuda cual la imagen que su memoria acariciaba, estirándose voluptuosamente

con movimientos perezosos y felinos sobre una manta de seda cuyo color de rosa primaveral avivaba los tonos suaves de su cuerpo joven, de su cuerpo rítmico, de su admirable cuerpo de Venus moderna, menos perfecto que el de las clásicas Afroditas, pero más coqueto, más abundante en morbideces provocadoras, más afrodisiaco, en fin.

—Es verdad —repuso;—espérame un segundo.

Y jurándose á sí mismo que no volvería á pensar en otra mujer mientras aquella fuera suya, acostóse en seguida y calmó su sed de caricias á grandes sorbos glotonos.

XIV

Durante toda una semana, Eugenio no quiso llegar al concierto sino á eso de las once de la noche, cuando ya su querida había acabado de bailar y le

esperaba en el saloncillo, en medio de todos los artistas congregados. «De ese modo—decíase—Ofelia no tendrá ocasión de hablarme á solas.» Y, en efecto, no las tenía ó al menos no las tenía como antes, y se veía obligada á indicarle por medio de expresivos apretones de manos y de lacónicas indirectas, su deseo de volverle á recibir en la soledad de su cuarto.

El único que comprendía bien la pantomima discreta y hábil de la mujer de rapiña revoloteando en derredor de la presa elegida, era Rip-Rip, el clown filósofo, el observador perspicaz, el pobre hombre que conocía el alma de los otros y desconocía su propia alma, el hazme reír melancólico que, siendo bueno para con el resto del universo, era cruel para consigo mismo. Rip-Rip adivinaba los deseos y las intenciones de Ofelia. Rip-Rip comprendía la cobarde indecisión de Eugenio. Y Rip-Rip padecía ante esos dos seres, figurándose que más tarde ó más temprano—¡siempre demasiado temprano!—harían padecer á Luisa; y que Luisa lloraría á causa de ellos, con sus divinos ojos negros... y que él, Rip-Rip, lloraría también, entonces, sin gozar siquiera del consuelo de hacer ver sus lágrimas, y te-

niendo que esconderse para que los demás no se burlasen de su dolor inexplicable.

Porque verdaderamente, ¿con qué derecho tomaba tan en serio los asuntos de la bailarina, él que no era ni su hermano, ni su amante, ni su padre; él que ni siquiera la conocía más que los demás artistas; él que, en suma, no era nada de ella... nada? Esta última palabra le hacía daño: ¡nada!... Y, sin embargo, contenía una verdad: ¡nada!... Él no era nada de ella, ni tenía tan siquiera por qué inmiscuirse en el secreto de sus futuros dolores y de sus problemáticas lágrimas por venir...

«¡Ah! Si hubiera sido algo de ella!»

Pero al mismo tiempo, que esta exclamación, una inquieta pregunta venía á sus labios: «¿Algo?... ¿Qué?...» La voz burlona de Ofelia murmuraba: «¡Su amante! Los hombres no pueden ser más que amantes de las mujeres... Amantes viejos que pagan... amantes jóvenes que cobran... siempre amantes... Tu querrías acostarte con ella... ¡Anda!... Y lo demás es música celestial para engañarnos y para engañarte.»—«No—respondía Rip,—lo que yo deseara, si fuese posible desear esas cosas, es ser algo como su hermano mayor, poderla ver á menudo y á

veces—¿por qué no?—también darle un beso en las mejillas.»

Si el clown hubiera visto algo más profundamente en su alma, habría notado que su deseo de besos no se detenía en las mejillas, sino que iba más lejos: hasta los ojos, hasta los labios... más lejos aún: hasta el cuerpo; y habría visto, asimismo, que su cariño no tenía por objeto á la querida de Eugenio, sino á Luisa, á la bailarina, á la hembra joven... Y habría visto además—¡con cuánta tristeza!—que su temor de que Ofelia consiguiese el triunfo de sus codicias carnales, no procedía de un benévolo deseo de evitar dolores, sino de un vago miedo de escándalo que pudiera alejar á la mujer amada del concierto en donde la veía diario.

Dos ó tres veces, en realidad, al contemplar á la bailarina, casi desnuda en sus trajes de teatro, vibrando ante el público y sonriendo con sus labios de flor, el clown sintió deseos de precipitarse al escenario y de estrecharla con pasión entre los brazos. Más siempre, en esos instantes, la hipocresía inconsciente de su alma, supo atribuir tales impulsos

á falaces pretextos de calor excesivo y de alucinación artística.

Ofelia, en cambio, comprendía perfectamente, con la clarividencia del vicio, lo que en el alma de su compañero pasaba y disponíase á aprovechar su psicológico descubrimiento en beneficio de íntimos deseos.

Una noche dijo al clown:

—¿Quiéres que nos los repartamos?

¡Repartírselos! El interrogado no comprendía ó, mejor dicho, no quería atreverse á comprender.

—¿Repartírnoslos?—repuso con asombro... ¿Qué?..

—A los chicos. Tú te la llevas á ella y yo me quedo con él.

Rip-Rip no pudo contenerse, y con tono verdaderamente indignado, dijo:

—Lo que me propones es al mismo tiempo una infamia y una tontería. Ese chico tiene una querida guapa y no ha de cambiarla por una merluza seca como tú. Déjale tranquilo: no sigas persiguiéndole con tus sonrisas pintadas y con tus sobijos indecentes; no forres de ridículo tu manto de perversidad...

déjale... Si estuvieses enamorada de él, se comprendería; mas por un capricho imbécil, no. ¿Acaso faltan mozos guapos en la calle? ¿O ya no encuentras á nadie para hacerte el favor?..

—Encuentro más de lo que quiero, pero eso no me basta. Necesito á Eugenio...

Las pupilas de Ofelia resplandecían de tal modo, sus labios vibraban tan febrilmente, que el clown se sintió inquieto, y moderando el tono de su voz, la preguntó:

—¿Estás enamorada de él?

—Sí; estoy enamorada de él.

Después, con acento frío:

—Y no lo niego, porque no soy hipócrita como tú, que estás chocho por Luisa y lo ocultas.

—No... yo no.

—Sí... no mientas. ¿A mí qué me importa?... ¿acaso soy su madre?... Te encanta y la adoras... Yo también adoro á su amante, con todo el ardor de que soy capaz...

Poco á poco, en efecto, el deseo en un principio muy frívolo de entregarse á Eugenio, había ido

convirtiéndose para Ofelia en necesidad imperiosa, en enfermizo capricho que la hacía sufrir físicamente y que, ocupando toda su existencia sentimental, dominaba su organismo y llenaba sus noches de lascivos ensueños. Acostumbrada á vencer sin dificultad en las luchas del flirt elegante y de la baja coquetería; aconstumbrada á hacerse desear por adolescentes y ancianos; acostumbrada á atraerlos á todos con el prestigio de su belleza especial y de su singular leyenda, sentíase humillada por la poca atención que en sus reclamos ponía el amante de Luisa; y si al decir que le adoraba, mentía, no así al asegurar que tenía necesidad de él. Porque esa era la palabra: «necesidad»—necesidad fisiológica para calmar sus sentidos hambrientos; necesidad sensitiva para consolar su inquietud interna; necesidad vanidosa para cicatrizar las heridas de su amor propio.

XV

Entre tanto, Eugenio seguía huyendo.

Huía de su debilidad, de su deseo de aventuras, de sus tentaciones sensuales, de su orgullo ingenuo y de sus indelebles recuerdos.

Huía de la cantadora y huía de sus propias incertidumbres.

Muy frecuentemente, en los instantes de soledad, mientras Luisa asistía á los ensayos, ó durante las horas de ensimismamiento pensativo, la silueta dorada é impúdica de Ofelia se destacaba en su cerebro, y resbalándose por entre sus vaporosos pensamientos, cual una víbora finísima y casi fluida, iba hasta el fondo de su sér y le acariciaba las entrañas con las puntas envenenadas de la lengua.

Los únicos momentos verdaderamente tranquilos de que el pobre chico podía gozar eran los de la noche, pues entonces, al lado de su querida, embriagándose con goces eróticos, olvidaba su larga

cesantía, su situación vergonzosa y sus inquietudes de alma.

XVI

—Eres un modelo de puntualidad—dijo el director á Ofelia al encontrarla en el saloncillo más temprano que de costumbre.

—Sí—repuso la cantadora volviéndole la espalda y yendo á colocarse frente al espejo.

—Me parece que no tienes ganas de charlar.

—No.

—¿Que te pasa?

—Nada.

Y el «nada» fué dicho de un modo tan seco y tan categórico, que Rocario no se atrevió á continuar su interrogatorio y salió de la estancia renegando, entre dientes, contra los nervios de las mujeres bonitas!

«¡Cargue con ellas el demonio!—murmuraba—un día parecen cotorras y al día siguiente no hay me-

dio de decirlas una palabra sin contrariarlas... Por eso no hacen nunca fortuna... ¡Si yo fuera mujer... si yo fuera mujer!..»

En el escenario, dos equilibristas yankis contratados la víspera, trataban de llamar la atención del público con la rapidez extraordinaria de sus ejercicios.—Las botellas de cartón dorado, las bolas negras y los cuchillos de aluminio, volaban entre sus ágiles manos, formando, en el espacio, al entrelazarse, al chocarse, al esquivarse, complicadísimos arabescos. Luego los platos de barro, pesados y sonoros, iban y venían, de un extremo á otro, cruzándose sin encontrarse, aumentando en velocidad á cada instante, siendo más numerosos de segundo en segundo y describiendo más atrevidas curvas á medida que el tiempo transcurría, hasta llegar á producir una impresión sobrenatural de vertiginoso movimiento.

Los espectadores, sin embargo, no aplaudían ni mucho ni poco, y la gran sala del concierto presentaba el aspecto desolado de una junta patriótica en época de tranquilidad política. Aquí y allá, algunos

caballeros engolfábanse en la lectura de los periódicos de la tarde. El cuchicheo continuo de las mujeres, llenaba el espacio con un murmullo de colmena. Todo el mundo, en fin, parecía estar en el concierto, no para ver á los equilibristas, sino con objeto de esperar algo mucho más interesante. En los palcos las señoras charlaban sin recato.

—¿Ha oído usted las nuevas canciones de Ofelia?

—No. Dicen que son terribles...

—Como todas las suyas.

—Me habían asegurado que eran más inmorales aún.

—¿Y las hermanas, qué le parecen á usted?

—¿Las bailarinas?

—Sí. Yo no sé qué es lo que bailan ahora.

—Yo tampoco. Y qué graciosas son, ¿verdad?

—¡Y qué artistas!

—Ahora creo que va á venir el clown.

—A mí no me gustan los payasos

—A la edad de usted, tampoco á mí me gustaban.

—¡Calle! Como si no fuera usted menos joven que yo...

—¡Aduladoral... Rip-Rip tiene mucho talento.

—Y el barítono, ¿qué le parece á usted?

—Muy buen mozo.

—¡Y qué voz! A mí me penetra...

—¡Ah!

—Sí... Me hace como cosquillas en el alma.

—¿Nada más que en el alma?

—No sea usted mala...

—Hablando del rey de Roma...

—Es verdad, aquí viene...

Los ejercicios de los americanos habían terminado en medio de la indiferencia general y Lorenzo, el barítono de las romanzas melosas y de los bigotes conquistadores, aparecía en el escenario saludado por un rumor admirativo de las espectadoras. Alto y delgado, con los ojos muy negros y la nariz muy recta, con la cabellera abundosa, con los labios sonrientes y la dentadura blanquísima, el cantor seducía á todo el mundo con su presencia.

Cantó durante media hora, llevándose á cada instante las manos enguantadas al corazón, entornando los párpados, imitando el arrullo de la tórola, repitiendo sin cesar las frases monótonas del

repertorio de su género, pero diciéndolas con tal ternura, con tal altivez, con tal fuego, que parecían dirigidas á todas las mujeres de los palcos. Fué el trovador medieval, el paje rendido, el amante tímido, el novio quejumbroso... Dijo la poética habilidad de sus caricias, la languidez de sus besos, el triunfo de sus espasmos. Fué D. Juan decadente y fué Romeo de frac. Bogó en la barquilla del amor hacia los palacios encantados en donde las castellananas burlan la vigilancia del señor celoso; escaló conventos y torres, en ligeras escalas de seda; disputó su presa á los piratas raptos de cristianas. Y luego, cuando hubo hecho cosquillas en el corazón (¿nada más que en el corazón?) á las espectadoras; cuando hubo enumerado á sus dulcineas; cuando todas las mujeres, desde la princesa altiva á la que pesca en ruin barca, hubieron recibido el galante homenaje de su pasión liviana, retiróse por el foro, haciendo innumerables reverencias.

Noemí que le esperaba detrás de una montaña de cartón, entre las bambalinas, recibióle con un beso en los labios y le condujo á un extremo discreto, diciendo muy quedo:

—Te adoro... te adoro... Eres bello como un

Dios... Yo seré tuya toda la vida... Pero tú no me quieres.

—¡Oh, sí!—repuso Lorenzo—¡con todo mi corazón!

Y el tono de su voz, generalmente fatuo, fué muy natural y muy sincero.

La bailarina le estrechó entre los brazos y habiéndole al oído, prosiguió:

—¿De veras?.. Es necesario que seamos muy discretos... ¿No has dicho nada tú?

—Nada.

—¿Me lo juras?

—Por todo lo que quieras.

—¡Qué bueno eres!.. Ahora más que nunca es indispensable que nadie conozca nuestro amor... El duque va á venir esta noche... ¿No estás celoso?

El baritono se contentó con sonreír. No; no estaba celoso. ¿Cómo había de estar celoso de un vejstorio semejante? Al contrario, estaba orgullosísimo.

Los pasos de un maquinista les obligaron á separarse y á volver, cada uno por un lado, hacía sus cuartos respectivos: él con objeto de recobrar la levita ordinaria, ella para principiar á vestirse de

paje.—A lo lejos, Noemí vió la delgada silueta de Ofelia destacándose en la penumbra del corredor...

XVII

Una hora después, la cantadora estaba aún en el mismo sitio. A los que al pasar junto á ella preguntábanle lo que allí hacía, ¡tan solal, respondíales:

—Nada... Tengo dolor de cabeza... Estoy huyendo del ruido y de la luz.

Mas no era cierto. Al colocarse en el corredor, junto á la puertecilla baja y oscura que daba acceso al vestibulo interior del concierto, hablalo hecho con la mira de ver un momento, sin testigos, á Eugenio y de obligarle á aceptar una cita.

«Cuando entre—díjose—le hablaré con franqueza». Y en seguida principió á pasarse sin cejar un punto en su resolución, sin atormentarse el cerebro con los mil proyectos de discursos que los enamorados preparan en análogas circunstancias, sin pensar en combinaciones, ni en artimañas.

Dieron las diez y media. Las bailarinas principiaron á bailar, como todas las noches, la larga pantomima bohemia cuyo éxito cada día más grande hacía que Roccario se inflara de vanidad como autor y de satisfacción como empresario. Todo era para él: los aplausos y el dinero. Por primera vez en su vida, pagó una quincena sin encolerizarse demasiado, diciendo apenas, cada vez que un artista se acercaba á la caja: «¡ustedes me arruinan!», y no pudiendo contener una sonrisa de satisfacción al ver que jamás el negocio había sido tan floreciente.

Cinco minutos después, el querido de Luisa apareció en el umbral de la puerta.

—Una palabra—díjole Ofelia—oiga usted una palabra.

El chico, cegado momentáneamente en la penumbra del pasillo, que, para los que venían de la gran sala iluminada *á giorno*, resultaba sumido en una completa obscuridad, no reconoció de pronto á la mujer que á él se dirigía. Aproximóse, y al verla de cerca, no pudo menos de exclamar con asombro:

—¡Usted!...